

Crónica 6: Recorriendo Goa – Anécdotas- (Traducción del original en catalán)

Parece ser que nos hemos quedado anclados en Goa, debe hacer algo más de mes i medio que andamos rondando por aquí. El primer pensamiento hecho inocentemente sobre el mapa, recogía la posibilidad de recorrer la India en tres meses. Siguiendo con la punta del dedo este triángulo de colores, pisas unos 5600 kilómetros de perímetro costero con una rapidez desconcertante que entumece la capacidad de abstracción. Seguramente sea posible, visto con frialdad, el ritmo del viaje no va encadenado al tiempo que disponemos, mas bien es sensible a los instintos primarios que nos despierta cada lugar. Gozamos con un nuevo pueblo, de la gente y de su entorno, hasta que saciamos el afán de conocer, y una buena mañana nos levantamos satisfechos con ganas de cambiar de lugar. Retomamos el camino con un destino incierto, guiados por rumores, curiosidades y las buenas recomendaciones de los conocedores del país. Pero de momento los pésimos intentos de dejar Goa, nos han rebotado de una playa a otra e incrédulos pero fieles a nuestro barómetro corporal, esperamos poder marchar de este paraíso sin aflicción.

Nuestro buen amigo Paramant, nos ha elogiado tanto su región natal que seguramente haremos un salto hacia Kerala, situada al extremo más sudoccidental, cerrando junto con Tamil Nadu la punta final del país.

En los últimos días en la playa de Vagator, caímos en la tentación, después de haber repetido más de un centenar de veces “no thank-you”, tuvimos que recorrer la calle principal y abandonarnos en manos de vendedores compulsivos que intentaban llenar el vacío de la temporada enredando a los pocos mirones que quedábamos. Ciento cincuenta rupias es el precio que pagamos por alquilar una Honda Kinetic unas veinticuatro horas, no valía regatear porque era la moto del amigo de un amigo que resulta que ya nos había arreglado el precio. Es cierto que por poco perdemos la paciencia intentando saber con quién teníamos que hacer los tratos, y es que la picaresca es la esencia de los negocios y raras veces sales económicamente ileso de estas confusas mafias de barrio. Pasas por tantas manos hasta llegar al inexistente interesado, que va sumando rupias al precio final. Parecía que habíamos conseguido localizar al propietario de la vespa; un chico de unos treinta años, de facciones redondeadas y cabellos embarullados que se movía lentamente, le pesaban los párpados y tenía hinchadas las bolsas de debajo los ojos. Nos dedicó una sonrisa y de sopetón nos dice orgulloso en un castellano masticado: “¡Ibiza! ¡Me gusta la fiesta!”. Ignorando nuestras preguntas y sin cesar de repetir esta frase nos llevó hasta el final de un callejón, a casa de un señor que yacía plácidamente sobre su vespa.

Circular sin casco te hace sentir débil y desprotegido, pero es tanta la concentración que se requiere para mantenerte fiel al carril de la izquierda, para sortear los monstruosos baches y para lanzarte a la cuneta antes de que te envistan los autocares y camiones que vienen de frente, que pierdes la noción de peligro. Hemos recorrido los alrededores de Vagator y hemos llegado hasta la playa de Anjuna buscando una gasolinera. Treinta rupias el litro y a recorrer mundo.

Varios caminos largos y estrechos circundan las plantaciones de arroz; pequeños rectángulos verdes, enfangados o quemados, forman un mosaico inmenso interrumpido solamente por un seguido de palmeras y alguna charca de aguas estancadas. Avanzamos, emanaciones olorosas de plantas chamuscadas, de pescado, de sal de mar, de carburante, de incienso y flores. Oliendo un olvidado perfume de crema solar, llegamos a Baga. Un sembrado de cuerpos pálidos se extendía sobre las tumbonas mientras su piel absorbía con delirio una dosis desmesurada de rayos solares.

Decenas de alfombras formaban una especie de caminos absurdos que te aislaban ridículamente de la arena y te conducían a los bares y a la orilla del mar. Hemos escapado por Calangute que desgraciadamente ha sido comprado por las grandes compañías hoteleras.

Patéticos nichos de bloques de cemento mal colocados, que reciben gran cantidad de turistas amantes de las comodidades. No hay ningún criterio ético que pueda perdonar este destroz del entorno natural, y cuesta comprender cómo un escenario ficticio construido deliberadamente para saquear turistas, pueda atraer a tantos humanos.

Montados sobre el pequeño vehículo, regresamos casi a ojo hasta el primer cruce, campos y campos de arroz agrupan gran cantidad de aves chillonas, casas coloniales engullidas por la maleza, edificios abandonados por los constructores y devorados por la selva. Un hombre labraba pacientemente su campo, repetía la misma cenefa guiado por el buey y el arado. Un elefante con la cabeza y la trompa decorados con dibujos de colores, descansaba a pié de carretera, comía hierba seca y era admirado y atendido por su cuidador. Unos cuantos cerdos negros recorrían los márgenes de la carretera, asustadizos, entraban y salían de la maleza pisando la hojarasca seca y haciendo mover toda la vegetación.

El asfalto desprendía un fuerte calor, sudados y con la cabeza achicharrada por el sol, seguimos al azar un cartel muy discreto que nos ha conducido a Siolim. Un pequeño pueblo del interior que parece construido expresamente alrededor de una inmensa iglesia pintada de blanco. Su calle principal, conduce al río; una calle sin salida, unas cuantas tiendas aburridas y la parada del transbordador hoy en desuso, son las secuelas del progreso urbano.

Un nuevo puente de diseño galáctico y envidiable, se levanta sobre el río Chapora, lo atraviesa hasta acercarte a las playas del norte. Ascendiendo por la carretera, campos de tierra roja y grandes extensiones de hierba chamuscada separados por unos pequeños muros de piedra arenosa y ennegrecida. Unas cuantas casas esparcidas, nos han conducido a un pueblo de pulidores de mármol. Como si fuera un gremio de marmolistas en medio de la selva, cada casa tenía su patio lleno de mármol para cortar o para pulir, y un polvo blanco se esparcía por la calle principal. El camino se estrechaba e iba montaña arriba, hemos contorneado unas curvas casi de ciento ochenta grados y hemos atravesado un par de montañas de arena naranja abiertas por la mitad. Unas cuantas comunidades rurales subsisten con los recursos naturales y viven plácidamente acomodadas en su entorno. Hemos leído un nombre largo lleno de jotas y haches que ahora ninguno de los dos recuerda, pero que terminaba en “beach” y hemos tropezado con una playa de dunas. Montañas de arena beige ceniza delante de una larguísima playa completamente vacía. Descendemos por una especie de escalones hechos con sacos de arena y nos tumbamos un buen rato cerca del mar gozando de la inmensidad.

Hacia las tres de la tarde llegamos a Arambol, casi el penúltimo pueblecito de las costas del norte de Goa. Pasamos por delante de un templo, de la escuela del pueblo y de una pequeña iglesia y una flecha gigante pintada en el suelo nos ha guiado hacia la playa. Casetas de planta baja decoradas con flores farolillos y estrellas de cartón, tiendas de fruta y víveres y una sendero de arena rojiza que se adentraba en un bosquecito de palmeras. Aparecido de la nada y delicadamente difuminado con el entorno, bajamos por un callejón estrecho e inclinado, atestado de motos, tiendas de ropas y colgantes.

Desembocaba en la playa, donde se esparcían decenas de barcas de pesca hechas de madera que guardaban unos fardos de redes que desprendían un fuerte olor a pescado y sal.

Contorneando un montículo rocoso cerca del mar, llegas por un pasadizo lleno de tiendas, restaurantes y casas de alquiler, a una pequeña cala. Unas rocas exageradamente impactantes, esparcidas al azar como caídas de una lluvia cósmica, decoran toda la playa de arena. Hay un lago de agua dulce que se adentra hacia la selva; el agua es gustosamente fresca, pero aunque se ve el fondo con claridad, tenemos algunos reparos cuando las hierbas que nacen en su lecho se te enredan en los tobillos, y da mucha impresión acercarse a los matojos que cuelgan a ras de lago y quedan medio hundidos en ella.

Hemos oído hablar de una comunidad de jóvenes que vive de la naturaleza bajo unas hojas de palmeras, nos adentramos por la selva siguiendo un riachuelo y unos carteles caseros de cartón pintado, que nos han conducido a la orilla de un río de lodo sulfuroso. Un pequeño

chorrillo de agua manaba de la pared ayudado por un tronco y una hoja dispuestos con sumo cuidado. Un chico joven, descamisado y descalzo, recogía agua en unos jarros de plástico, una chica se embadurnaba con lodo amarillento todo su cuerpo y se sentaba en una piedra para dejar secar la costra del barro sobre su piel, otro chico se frotaba fuertemente las plantas de los pies con piedras y lodo, como puliendo unos zapatos nuevos. Nos han asegurado que esta tierra mata los parásitos y te deja la piel muy suave, no ha sido necesario que insistieran demasiado en invitarnos al rebozado, ya que hacía rato que ansiábamos este chapoteo. Hemos hecho una sola comida que nos ha servido de almuerzo, merienda y cena, mientras se ponía el sol, ignorando que después de la puesta, todo el pueblo queda a oscuras; sólo lo iluminan las lucecitas de Navidad que decoran las fachadas de los restaurantes, las velas que lucen sobre las mesas y los farolillos de colores que cuelgan en las casas. Con penas y trabajos, hemos encontrado la moto, y asustados bajamos despacio guiados más por la luz de la luna que por la luz del aparato. La carretera estaba muy oscura, de vez en cuando quedábamos deslumbrados por un autocar o un camión que nos hacía salir temerariamente de la calzada, por poco atropellamos a un señor que pedaleaba a oscuras y más de un bache nos he hecho rebotar. Para alertar nuestra presencia y para espantar los miedos, comenzamos a cantar villancicos recorriendo todo el repertorio de canciones que los de nuestra quinta tenemos memorizadas involuntariamente.

Hoy nos levantamos con ganas de viajar, decidimos pasar las fiestas de Navidad en las playas de Palolem. Cogemos un autobús local que sale a media mañana hacia Mapusa con la intención de retroceder hasta Panjim, pasar allí un par de días y luego hacer camino hacia el sur de Goa. El vehículo iba tan y tan repleto que nos han metido con mochila y todo al lado del conductor. Hay una reja metálica que se abre como una puerta y separa al conductor y el motor del resto del autobús, formando un pequeño cuarto con un tablón de madera para sentarse o para poner paquetes, sacos de grano o aves con las patas atadas. Nos han encerrado allí y cada vez que el autobús se paraba a recoger pasajeros, si eran niños o paquetes, los iban amontonando encima de nosotros y el resto de viajeros los repartían prensados entre el pasillo y la puerta de salida. Estábamos convencidos de que era imposible que alguien más pudiera encontrar un pequeño espacio allí dentro, aunque fuera aplastándote contra los demás; pero todas las personas que hemos recogido por el camino, han podido subir y nadie se ha enfadado por falta de espacio, al contrario, unos y otros se ayudaban a cargar paquetes y se estrechaban para que todos pudieran caber. Recorremos la carretera haciendo sonar la bocina en cada curva, sólo unos cuantos baches y alguna brusca frenada han desbaratado el rompecabezas humano. Parecía que los cuerpos se inclinaban armónicamente a cada curva abandonados a la inercia o haciendo contrapeso, evitando inconscientemente que volcara este montón de chatarra. En Mapusa se termina el trayecto y hemos buscado la ventanilla de los autobuses estatales que van directos hacia Panjim. La estación estaba llena a rebosar de autocares de todas las medidas, personas cargadas con unos inmensos canastos en la cabeza, vendedores de frutas y verduras y un gentío que se abría paso entre los ruidos, el humo, las vacas y las prisas. Un niño vendía adhesivos de dioses hindúes, los tenía expuestos en el interior de un paraguas negro bien abierto y cogido por el mango boca abajo, un sistema muy curioso y bien pensado para mostrar los productos y andar a la vez. Lo iba balanceando y las pegatinas de colores llenas de purpurina brillaban y se dispersaban con los rebotes de sus saltos. En el autobús, un señor nos ha oído hablar en catalán y ha querido jugar a adivinar nuestra procedencia, pero nos ha enviado a Italia y a Francia. Le hemos situado Cataluña al extremo más noroccidental de España y hemos empezado una conversación sobre cocina mediterránea. Él quería conocer algún plato típico de nuestra región y visto que el pan con tomate no le acababa de convencer, le contamos buenamente cómo se hacía una paella de arroz. De pie en medio del pasillo y asidos al hierro que cuelga del techo, ha sacado de su bolsillo una pequeña libreta de notas y un lápiz gastado, y con una desmesurada dedicación ha

anotado todos los ingredientes, hasta que ha sabido que también poníamos conejo, lo que ha provocado que perdiera el apetito.

Llegamos a Panjim a media tarde, caminábamos orgullosos de saber ya el camino y de reconocer el puente de viandantes y el río Mandovi.

Nos dirigimos derechos al barrio de Fontainhas, decididos a buscar una buena habitación pero hemos salido con el rabo entre las piernas, resulta que ahora es temporada alta y las pensiones han subido más de cien rupias. Desilusionados, comenzamos el periplo del peregrinaje con los bultos a la espalda. De un callejón ha salido un chico avisado ofreciéndose para ayudarnos a encontrar habitación. Nuestros intentos por hacerle entender que ya conocíamos el pueblo, han sido en vano, resulta que si ayuda a los turistas a encontrar alojamiento, el gobierno le da una especie de puntos que le servirán para conseguir un mejor trabajo. Trabaja en un hotel de lujo tocando la guitarra cada noche, haciendo un poco de serenata para que los huéspedes tengan una buena velada. Se hace llamar Fredy y todo el barrio lo conoce es difícil adivinar su edad ya que posee el cuerpo y las expresiones de un niño, pero un bigote oscuro y espeso y los ojos vidriosos, rojos y cansados esconden una larga historia. Anda muy deprisa, habla como si cada cosa que nos explica fuese un secreto único que sólo él conoce, fuma nervioso y unas gotas de sudor le resbalan permanentemente de debajo la mata de pelo que le cuelga de la frente. Nos ha llevado a casa de un amigo que está construyendo una casa de huéspedes. Un sitio realmente curioso, subimos por unas maltrechas escaleras y entramos en un edificio casi en ruinas. Un grupo de gente trabaja a desgana levantando un muro. Chicos y chicas empolvados de cemento, andaban lentamente sin alzar la vista cargando montones de runas. Dentro del edificio un señor de mediana edad y su mujer despeinada, que acababa de levantarse, nos han recibido muy formalmente, como si jugaran a tener huéspedes, nos han hecho firmar un libro gigante y han rellenado con dedicación una factura, era placentero el ver cómo se recreaban en su papel de arrendatarios y anfitriones. Han cruzado un par de palabras con el amigo Fredy y por desdicha nuestra, hemos entendido que la historia de los puntos del gobierno no era sino un pretexto para justificar las rupias de recompensa que el buen amigo recibiría a cambio de habernos enredado para llenar el negocio de su vecino. Lástima que este pequeño sobresueldo nos lo cobraran encubierto con el precio de la habitación, unas doscientas rupias la noche por dormir en los sótanos de una casa colonial en ruinas; parece que los escarabajos se han adueñado del lavabo y unos calzoncillos sin propietario cuelgan de la barra de la cama. Echados sobre algo parecido a un colchón, contemplamos incrédulos el techo de vigas de madera, que crujen con los pasos de los del piso superior, cae un polvillo molesto que nos hace cerrar los ojos, toser y nos llena la habitación de partículas misteriosas. Parece mentira la facilidad que tenemos para ir a parar en estas hosterías tan genuinas. Justo al salir de la habitación, el hermano del señor del hostel, nos ha pedido si queríamos comprar un caballo de juguete hecho de hierbas, que él podía conseguir a muy buen precio; sin dejarnos contestar, nos ha guiado silenciosamente hacia la cocina, como si escondiera un gran tesoro. Haciendo acopio de malos pensamientos, nos intercambiamos un par de miradas interrogantes siguiéndolo no sin cierta incredulidad; cuando hemos visto que nos hacía subir por una escalera de madera apoyada en la pared de la cocina y que abría una trampilla del techo esperando que le siguiéramos, deducimos maliciosamente que aquello de hierbas y caballo, debería ser cosa de drogas. Pero hemos quedado con el corazón compungido cuando después de subir a duras penas por el falso agujero del techo, nos encontramos con toda una familia construyendo caballos de juguete. Era un altillo estrecho y bajo de techo, terriblemente claustrofóbico, hacía un bochorno asfixiante y el polvillo de la paja te hacía atragantar al secarte la garganta. La mitad del altillo estaba lleno de paja y siete personas trabajaban afanosamente; unos chicos retorcían con fuerza los alambres dándoles forma de animales; un abuelo medio adormecido entre la paja los ataba con cordeles, unas chicas hacían el relleno de paja y otras lo enfundaban en unas telas de colores, y un chico más joven

cosía los ojos y la boca con alambres brillantes. Nos comenta orgulloso que son capaces de construir más de veinticinco caballos al día. Eran piezas de medio metro hechas con una destreza increíble, quería que nos quedásemos con uno, le agradecemos su oferta y le hacemos comprender que tenemos un viaje demasiado largo como para poder cargar con un regalo tan grande. Por lo que se ve, los venden en el mercado de Mapusa por 300 rupias la pieza, nos ha asegurado que él no hace ningún negocio, que era cosa de unos amigos y que él sólo les deja el recinto. Las caras de fatiga, la mirada indiferente, las malas condiciones, la resignación el sospechoso ambiente que esconde el negocio, delata una situación de explotación, pero la normalidad con que este señor nos ha mostrado esta esclavitud, vulnera la dignidad humana.

Andamos por la ciudad siguiendo el río y nos adentramos hacia la zona más comercial, se vivía un ambiente festivo, marcado por las lucecitas y las compras frenéticas. Muchas tiendas vendían guirnaldas manuales; farolillos y estrellas hechos de caña, papel y cartón, colgaban de un cordel siguiendo toda la fachada exterior de los comercios. Un grupo de chicos atendía serviciales la fuerte demanda. Todos paraban a comprar su manualidad, la elección era airosa, incluso las motos se paraban y sin apearse escogían su estrella luminosa.

Llegamos al mercado municipal, es un recinto lleno de puestos de venta que comparten el mismo techo y están delicadamente agrupados por productos. Cruzamos la sección de ropas con un fuerte olor a sábanas limpias, era un túnel de telas apilonadas y saris expuestos, que te obligaba a andar por un único callejón estrecho que te conducía hasta los tenderetes de jabón, colonias, peines y brazaletes; más allá se veían los puestos de pastelería y casi a la salida se amontonaban los vendedores de verdura fresca y frutas. El gentío que había en los otros pasillos, en particular las tiendas de juguetes y cassettes, hizo que desistiéramos y no nos adentráramos en aquella aglomeración humana.

Cuando nuestros amigos de la hostería “El Río” nos han visto llegar para cenar, se han desvivido en atenciones, han querido saber qué nos habían cocinado estos días en Vagator y qué nos habían parecido las playas del norte. Las muestras de afecto han amenizado el reencuentro. Al despedirnos, hemos intercambiado direcciones, teléfonos y emails. Deberían ser las once y media cuando intentábamos dormir y un ruido constante y muy cercano, nos ha hecho encender la linterna; después de recorrer todo el techo con su débil luz, enfocamos la cola de una alimaña, y con aquella maldita curiosidad que sabes te hará arrepentir de conocer la verdad, nos levantamos encima de la cama hasta que el cuerpo de una rata ha quedado claramente definido. Ni se ha inmutado por la luz de la linterna, un palmo de cola colgaba de la viga de madera, pero ninguno de los dos se ha atrevido a tocarla. Cobardes, nos armamos con el spray matamosquitos, y de lejos le disparamos una rociada, ella se ha escondido entre las vigas y nosotros dentro del saco.

A las siete de la mañana nos despiertan unos fuertes golpes en la puerta, abrimos medio entumecidos y vemos a un señor descamisado, acabado de duchar, cubierto con una toalla enrollada a la cintura. Nos hablaba en hindú y no entendíamos nada, nos hacía señales y cada vez hablaba más alto, pero nada, su impotencia y nuestra ignorancia lo han hecho crispas hasta tal punto que ha entrado en la habitación, ha encendido la luz y ha empezado a revolver alrededor de la cama; resulta que era el propietario de los calzoncillos que colgaban en la barandilla y de una pasta dentífrica que se encontraba detrás de la puerta. Ha marchado un poco malhumorado y nosotros no hemos entendido nada, parecía que le hubiéramos quitado la habitación, como si nos la hubieran alquilado estando aún él de inquilino, ya nos pareció cuando llegamos que la cama estaba a medio hacer y la almohada arrugada. Volvemos a la cama y a las pocas horas vuelven a llamar a la puerta, esta vez era Fredy que venía a visitarnos, tenía ganas de mostrarnos su guitarra y ha invitarnos a que vayamos por la noche a una especie de concierto que ha organizado en el bar del barrio. Antes de marchar nos ha pedido prestadas cien rupias, y nos ha jurado y perjurado por el honor de todos los Santos

haciendo la señal de la cruz que mañana mismo nos devolvería el dinero, hacemos de prestamistas escépticos, ignorando la suerte de estas rupias.

El Cifa bar es un pequeño local, estrecho y alto, oculto del exterior por unas cortinas le dan un toque de clandestinidad. Sólo hay hombres, cuatro mesas de madera alineadas a ras de pared y unos cuantos bancos al lado del mostrador. Las paredes son azules y un calendario gigante de una niña que recoge flores, cuelga de la estantería de licores que hay al final del bar. Una ennegrecida bombilla cuelga del techo, justo al lado del ventilador, meciéndose temerariamente al lado de sus aspas. En el mismo centro de la pared, la imagen de una virgen engalanada con collares de flores nuevas e iluminada con una gran bombilla. Tras el mostrador, la dueña muy seria hace cuentas en un bloque de papel. El bar huele a humedad, soda de limón y desinfectante. Al vernos entrar Fredy nos ha dado la bienvenida y nos ha presentado al resto de compañeros del bar, nos sentamos en un banco compartiendo mesa con un chico que sudaba jadeante e intentaba apoyar la cabeza en la pared mientras comía unos cuantos frutos secos que la mujer servía en platos de plástico. Se ha llevado un chasco cuando pedía un poco más de bebida, y la dueña que parece velar por la salud de toda su clientela, le ha dicho que ya tenía bastante, se ha marchado un poco triste despidiéndose de sus compañeros. Un señor alto y delgado, con bigote y cabellos blancos iba descorchando botellas de soda y las ponía encima de las mesas, parecía el amo del bar, ha lavado dos vasos y nos los ha llevado a nuestra mesa. Si algún cliente terminaba el alcohol, alargaba el vaso hacia el amo y éste lo dejaba en el mostrador donde la dueña servía con mucha precisión el suave veneno. Tiene una especie de cáliz de bronce que se ramifica con una copa a cada extremo y sirve de medida, llena un lado del cáliz y lo vacía dentro del vaso, lo vuelve a llenar y lo vuelve a vaciar sin derramar ni una gota, después gira el recipiente y llena la otra abertura más pequeña, parece que ésta es la medida correcta, vuelve a alargar el vaso a su marido sin ninguna expresión en su rostro y continúa anotando a sus deudores. El marido devuelve el vaso al sediento, llenándolo con la soda de limón que ha dejado sobre la mesa, y se repite durante horas y horas la misma operación. Era extraño compartir aquel ambiente, nos sentíamos serenamente felices en un bar de borrachines. Fredy nos ha dedicado unas canciones suramericanas, y ha cedido la guitarra a un compañero que se sentaba delante de nosotros, ha tocado y cantado dos canciones de Bob Dylan con una voz y sentimiento que se nos ha puesto la carne de gallina. Era un espectáculo fascinante el ver las caras de emoción de los hombres del bar, veías aquellos ojos brillantes y unas sonrisas embriagadas e inocentes, uno aplaudía, otro movía la cabeza arrítmicamente, y el que iba más bebido acompañaba alegremente los cantos con desafinados gallos. La dueña los reñía cómo si fueran unos niños, les decía que no alborotaran tanto que si no los echaría del local, ellos obedecían inocentemente y reían de escondidas cuando ella no los veía, cómplices de su travesura. Cantamos villancicos y nos despedimos con un fuerte apretón de manos.

La playa de Palolem se encuentra a unos 80 kms. de Panjim, debemos coger el autobús hasta Margao y allí cambiar de apeadero para buscar el que nos llevará a Chaudi. A media mañana bajábamos por la calle después de despedirnos de los conocidos y nos encontramos a Fredy, muy alegremente nos ha agradecido que hubiésemos ido al concierto de guitarra y nos ha deseado buen viaje, nos ha acompañado un rato y a medio camino nos ha pedido si lo podíamos invitar a un refresco. Entramos en el bar de la esquina y pedimos un par de tés y una cola, medio en broma, nos dice que la cola sola hace dolor de estómago y ha hecho que le añadieran un poco de whisky, como aquel que no quiere, se ha hecho servir un par de cigarros para hacer bajar el brebaje. Entendemos que se había bebido nuestras cien rupias.

Olga & Fraz

El reportaje: El alcohol

No hay un consumo moderado de bebidas alcohólicas, sino que beber se asocia directamente con el alcoholismo, y es un hecho que afecta exclusivamente a la población masculina. Parece ser que los hombres beben para conseguir perder el norte lo más rápidamente posible, no buscan gozar del punto de embriaguez consciente que entumece la realidad, sino que la mayoría se emborracha con rapidez para quedar inconscientes. Dicen que siempre toca a los mismos y los índices más elevados de alcoholismo recaen sobre la población con menos recursos; obreros y campesinos que pasan privaciones, arruinan sus vidas y la de sus hijos y su mujer dejando los pocos ingresos familiares en los bares y quedando endeudados.

Demasiadas veces se desahogan en este círculo vicioso donde quedan atrapados maltratando a sus prójimos, sobretodo a la mujer que es el miembro socialmente más débil y dependiente.

Pocas mujeres se pueden evadir de una desgracia cómo esta, pues no ha lugar en esta sociedad machista para una mujer que abandone a su marido. La mujer es vista como una pertinencia, una carga económica que la familia del marido tendrá que mantener después del casamiento y esta deuda queda saldada con la dote desmesurada que debe pagar la familia de la chica y los servicios incondicionales y vitalicios de la joven mujer hacia su esposo y la familia de éste.

Parece ser que entre los hombres hay una aceptación cómplice o quizá ingenua del alcoholismo. Cuidan muy bien de sus compañeros bebidos, les ríen sus gracias y los acompañan para que no se hagan daño, pero no hay una conciencia real de los efectos nocivos que estas cantidades de alcohol pueden hacer en la salud de las personas.

Hay que añadir aquí, el problema de los licores de destilación ilegal, como el llamado “arak” que puede llevar metanol u otros productos tóxicos. Los vecinos explican historias de conocidos que quedaron ciegos e incluso perdieron la vida bebiendo estos falsos licores. Pero a pesar de ser un veneno mortal, es el licor más bebido por los pobres.

Muchos estados han prohibido la venta de bebidas alcohólicas, han hecho cumplir una especie de ley seca, subiendo los precios del alcohol con fuertes impuestos e imponiendo licencias restrictivas que regulen el consumo de este producto. Los estados más estrictos son: Gujarat, Tamil Nadu y Haryana, pero estas restricciones provocan que las mafias destilen temerariamente sus licores y hagan el negocio de contrabando, jugando con la vida de la población. No deja de ser ambiguo que muchas regiones de la India sean grandes productoras de licor; en Kerala se fabrica el “toddy” que es el vino de palmera, el licor de Bengala se conoce con el nombre de “taddy” y es una fermentación muy rápida de la palmera de dátiles, en Goa se destila el “Feni” que es un licor de coco y anacardos. Este último es el estado más permisivo en este sentido, y se ha convertido en lugar de peregrinaje de muchos amantes de la bebida, llegan autocares de turistas locales que buscan desesperadamente poder tomar alcohol en libertad; los Goanos culpan de este delirio incontrolado de los recién llegados, a las estrictas prohibiciones que rigen en otras regiones.

Si lo hemos entendido bien, las marcas de cerveza nacional más conocidas son: Kingfisher y Black Label, y pueden conseguirse en casi todos los estados, algunos restaurantes que no tienen licencia para vender alcohol las ofrecen bajo el nombre de “Special Chai”, dentro de una tetera y en tazas de té.

Algunas botellas de licor tienen una etiqueta con un escrito contundente que advierte que el consumo de bebidas alcohólicas puede arruinar al país y a las familias, pero no hay ninguna campaña ni educativa ni sanitaria que advierta sobre los efectos nocivos del alcohol ni que enseñe a ser crítico con las consecuencias reales. I aunque se trate de un comportamiento poco justificable, no se puede omitir que son bien conocidas las causas que llevan a un sector muy concreto de la población a cometer un desesperado abuso de estos productos exterminadores.

Consejos y curiosidades

El coco es muy utilizado en este país, de momento ya hemos topado con unos cuantos productos curiosamente bien diversos, que provienen de este fruto y seguramente aún descubriremos muchos más. Conocemos el coco en su estado natural, se bebe su jugo que es un agua dulce, fresca y gustosa de grandes propiedades nutritivas. La carne tierna del interior del coco se come y se hacen mil i un pastelillos. De la cáscara que cubre el coco, se deshilachan las partes más fibrosas y se tejen cuerdas, el resto se deja secar y se quema para hacer buen olor y ahuyentar a los mosquitos. Da la fermentación del coco, pueden hacer licor. Y el otro día descubrimos un aceite de coco que sirve para desenredar los cabellos.